

DICIEMBRE 4 DE 1934

65ª REUNION — 7ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDENCIA DE LOS DOCTORES ANTENOR R. FERREIRA Y ROBERTO J. NOBLE

MINISTRO PRESENTE: de Hacienda, doctor Federico Pineda; DIPUTADOS PRESENTES: Agüero Santos, Ahumada Luis Alberto, Alonso Alfredo J., Amadeo y Videla Daniel, Ameri Rogelio L., Amodeo Aurelio F., Andreis Fernando de, Aráoz Ernesto M., Arce José, Arnoldi Adolfo, Arrieta Hermínio, Basualdo Honorio, Bonegas Tiburcio, Bermúdez Manuel A., Besasso Manuel V., Biancifiore Rafael, Bogliolo Rómulo, Bonazzola Carlos F., Briuolo Miguel, Bruchou Eduardo, Buira Demetrio, Buitrago Pedro, Bunge Augusto, Bustillo José M., Buyán Marcelino, Cáceres Lorenzo, Candia Cornelio, Cárcano Miguel Angel, Carás Agustín J., Castiella Alejandro, Castro Felipe, Coca Joaquín, Conte José A., Cordero Octavio, Corominas Segura Rodolfo, Costa Méndez Nicanor, Coural Carlos D., Della Latta Jerónimo, Diekmann Adolfo, Diekmann Enrique, Esenlera Fausto, Escobar Adrián C., Fernández Damián, Ferreira Antenor R., Ganza Marcelino, García Gorostiza Raúl, Ghilardi Américo, Giménez Angel M., Godfrid Juan, Godoy Raúl, Gómez Rincón Abel, González Benjamín S., González Guerrero Manuel, González Masoda Manuel, González Valentín, Graffigna Santiago, Groppo Pedro, Guglielmelli Aquiles M., Inda Rufino, Iribarne Alberto, Iriondo Urbano de, Jurdal Enrique C., Lamesa Juan B., López Héctor S., Magris Amleto, Mancini Rafael, Marcó Cipriano F., Martínez José Heriberto, Mattos Luis María, Molina Serapio, Morot Carlos (h.), Mouchet Enrique, Movsichoff Bernardo, Noble Julio A., Noble Roberto J., Oddone Jacinto, Padilla Tiburcio, Palacin Manuel, Palacin Pedro, Palacio Benjamín, Palmeiro José, Parodi Misael J., Penna José Luis, Pérez Leirós Francisco, Pfeleger José E., Pintos Angel, Pita Carlos A., Pueyrredon Carlos A., Quiroga Félix, Radfo Pedro, Ramiconi Luis, Ramírez Manuel (h.), Repetto Agustín, Repetto Nicolás, Rodríguez Alfredo, Rozas José E., Ruggieri Silvio L., Salas José Raquel, Salcedo Saturnino, Santillán Enrique, Schoo Lastra Dionisio, Sellarés Avelino, Simón Padrés Juan, Solari Felipe O., Solari Juan Antonio, Speroni Daniel C., Spinetto Alfredo L., Taborda Mora Cipriano, Uriburu Francisco, Vega Abraham de la, Viechi Adolfo A., Vidal Bulgorri José, Videla Dorna Daniel, Videla Rodolfo G., Vionnet Rodolfo L., Zerda Justiniano de la; AUSENTES, CON LICENCIA: Acosta Guillermo, Aráoz José Ignacio, Becerra Eugenio A. (h.), Bosano Ansaldo Daniel, Cafforata Juan F., Calderón Osvaldo M., Degano Alfredo P., De Miguel Benito, Fresco Manuel A., Garayalde José María, Grisolia Luis, Herrera Bruno J., Lencinas Rafael Néstor, Lima Vicente Solano, Mouesca Eduardo, Rojas Marcos E., Suravin José M.; CON AVISO: Aguirrezabala Miguel A., Pomponio Vicente E.; SIN AVISO: Aráoz Eudoro D., Carreras Ernesto L. de las, Carreras José, Critto Miguel, Dávila Miguel V., Espil Alberto, Korn Guillermo, Manacorda Carlos, Morrogh Bernard Juan F., Ocampo Enrique, Parera Gregorio, Pressacco Juan P., Ruiz Guinzú Jacinto, Ruiz Oscar, Solís Rogelio J., Vallejo Luis A., Vignart Umberto F., Wade Eugenio, Zaruzaga Marcial J.

SUMARIO

- 1.—Manifestaciones en minoría.
- 2.—Acta.
- 3.—Incidencia promovida por el señor diputado Ghilardi, relacionada con palabras vertidas en la sesión anterior.
- 4.—Asuntos entrados:

I.—Mensaje del Poder Ejecutivo acompañando copia de la documentación, aprobada, relativa a la ampliación de los servicios de luz y fuerza a Andalgalá (Catamarca).

II.—Comunicación oficial.

III.—Peticiones particulares.

- 5.—Acuérdase licencia para faltar a sesiones a los señores diputados Garayalde, Acosta, Degano, De Miguel y Lima.
- 6.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en los proyectos de ley sobre unificación de los impuestos internos, prórroga y distribución del impuesto a los réditos y del impuesto a las ventas.
- 7.—Se resuelve pasar a cuarto intermedio.
- 8.—Continúa la consideración del asunto a que se refiere el número 6.
- 9.—Indicación del señor diputado Corominas Segura para que se invite a los señores diputados a concurrir al recinto.
- 10.—Moción del señor diputado Rodríguez para que se cierren las puertas de la Cámara y se compela a los señores dipu-

3

Santiago del Estero, Diciembre 3 de 1934.

Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

Solicito permiso a la Honorable Cámara para faltar a las sesiones que se realicen en la presente semana, por motivos de salud.

Saluda al señor presidente con toda consideración.

Alfredo P. Degano.

—Se vota y concede, con goce de dieta, la licencia solicitada.

4

Junín, Diciembre 3 de 1934.

Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

Comunico a usted no puedo concurrir a sesiones de hoy lunes, ni de mañana martes.

Saludo al señor presidente atentamente.

Benito De Miguel.

—Se vota y concede, con goce de dieta, la licencia solicitada.

5

San Nicolás, Diciembre 3 de 1934.

Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

Solicito licencia para faltar a las sesiones de ésta y venidera semana.

Salúdalo muy atentamente.

Vicente Solano Lima.

—Se vota y concede, con goce de dieta, la licencia solicitada.

6

UNIFICACION DE IMPUESTOS INTERNOS

Sr. Presidente (Ferreira). — Se pasará a la orden del día.

Quedó pendiente de consideración el artículo 25 del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda sobre unificación de impuestos internos.

Corresponde votar si la Cámara concede prórroga al señor diputado por Jujuy para que siga usando de la palabra.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Ocupa su banca en el recinto el señor ministro de Hacienda, doctor Federico Pino.

Sr. Presidente (Ferreira). — Puede continuar el señor diputado por Jujuy.

Sr. Arrieta. — Señor presidente: En mi breve exposición de ayer demostré rápidamente que el impuesto interno al azúcar es, indudablemente, un factor de costo, un factor de precio, y que, en consecuencia, recaerá inevitablemente sobre el consumidor.

Dije también que, en vista de esto, pudo haber sido la mejor solución para este asunto, la supresión del impuesto interno al azúcar, bajando simultáneamente en la misma proporción el derecho de aduana a fin de que el precio límite que rige, descienda en igual cantidad. Eso traería dentro del plan financiero de la Nación un déficit bastante importante, y esa es la causa por la cual no hemos propuesto concretamente tal solución aunque, a nuestro juicio, ella sería la mejor, la más definitiva y la que permitiría ofrecer azúcar más barato al consumidor sin modificar en nada la situación actual del productor.

Dije después, y demostré con datos fidedignos recogidos por la Oficina Internacional del Trabajo, de la Sociedad de las Naciones, que el precio de venta del azúcar que rige en la Argentina, es de los más bajos comparado con el de las demás naciones del mundo.

Al entrar a considerar ya concretamente el párrafo del artículo 25 que se disente, hice referencia a un punto que hasta ahora no ha sido tratado en la Cámara y que es necesario contemplar si se quiere solucionar íntegramente es-

te problema. En la actualidad los ingenios azucareros argentinos tienen en existencia grandes cantidades de azúcares que provienen de la superproducción que ha existido en el país y que se han ido acumulando de una cosecha a otra. Esos azúcares, en su mayoría, han pagado el impuesto provincial a la producción; y como a partir de la fecha de vigencia del proyecto en discusión, o sea desde el 1º de Enero de 1935, se aplicará a los azúcares que salgan al consumo el nuevo impuesto interno, estos azúcares resultarían gravados doblemente. Y se tendría así la consecuencia ilógica de que una ley dictada para unificar los impuestos internos, para abolir la doble o triple imposición, empezaría a actuar afectando con un doble impuesto al azúcar. Voy pues a proponer, aparte del agregado a que se refirieron los señores diputados Pena y Ghioldi, otro que contemple la situación que acabo de enunciar y que establezca que los azúcares que al 31 de Diciembre de 1934 hubieren pagado impuesto interno provincial, no pagarán el impuesto nacional que va a crearse por esta ley.

Voy a concretar, entonces, mi propuesta en la siguiente forma: que se agregue al párrafo relativo al azúcar estas palabras: «debiendo este impuesto computarse a los efectos de la fijación del derecho adicional del artículo 2º del decreto de fecha 6 de Febrero de 1931. El impuesto se aplicará a partir del 1º de Enero de 1935, sobre aquellos azúcares que no hubieran abonado impuesto interno provincial. Las sumas que a partir del 1º de Enero de 1935 perciban las provincias en concepto de impuesto provincial adeudado por los productores, será descontado de las entregas que por esta ley deba hacerles la Nación.»

El último párrafo de mi agregado, es a los efectos de que el importe del impuesto nacional sobre aquellos azúcares que aún no han salido de las provincias respectivas y que están adeudando todavía al gobierno provincial, parte o todo el impuesto a la producción del año 1934, pueda serles descon-

tado por la Nación en las entregas que por esta ley debe hacer a las respectivas provincias.

Sr. Dickmann (E.). — Pido la palabra.

He asistido, señor presidente, a la discusión de esta ley, con un cierto espíritu de escepticismo. He escuchado los elogios hiperbólicos a las virtudes de la ley a sancionarse, de parte de algunos señores diputados y, sobre todo, de parte del señor ministro de Hacienda, padre putativo de la misma. He asistido, vuelvo a repetir, con escepticismo, porque considero a esta ley más de forma que de fondo, más política que económica.

Voy a explicar el porqué de mi escepticismo. So pretexto de la unificación de los impuestos internos a que ha querido dársele un aspecto de unidad económica del país, un paso decisivo hacia el progreso técnico económico de la República, so pretexto de esa plausible concepción, esta ley no hace sino consagrar todos los malos impuestos que soporta el país por obra de algunas provincias que, sosteniendo que crean impuestos a la producción, han creado impuestos al consumo nacional y han tratado al resto de los habitantes del país peor que a los extranjeros.

Esta ley, señor presidente, viene a consagrar todo eso. Viene a consagrar los malos impuestos cuyanos sobre el vino, algunos tan malos, tan monstruosos, que han sido denunciados en todas formas, como el impuesto sanjuanino, — herencia del señor Cantoni — de 8 centavos por litro y de 16 pesos por casco al consumo nacional. Ahora la ley consagra tan detestable impuesto; y en todas las plazas de aquella provincia habrá que levantar un monumento a aquel gran demagogo.

Las provincias cuyanas, señor presidente, han cometido enormes herejías en materia de vino. No acuso a su actual representación; la considero una de las más capaces diputaciones por Mendoza que he visto en la Cámara de Diputados. No me refiero, pues, a ella, sino al régimen que se ha perpetuado en aquella provincia, y esa situación

de Cuyo ha tenido un correctivo en algunas regiones del país que ha permitido el desarrollo de la industria vitivinícola, sin trabas, sin tratar a los consumidores argentinos peor que a los extranjeros. Y ahora se quiere crear un impuesto a toda la industria vitivinícola del país para salvar los errores y los vicios de la industria vitivinícola de San Juan y Mendoza, que analizaremos cuando se trate el proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo.

Viene a consagrar, también, el detestable impuesto al azúcar, el impuesto con que algunas provincias, sobre todo la de Tucumán, gravan a todos los consumidores del país.

De manera que vamos a aprobar por ley nacional esos impuestos, pero no para que ingresen en las arcas nacionales, sino para devolverlos a sus respectivas provincias. Es, pues, una ley desde este punto de vista, detestable: el Congreso aprobará los malos impuestos provinciales sin destinarlos, como los impuestos internos de otros países, a solventar los gastos generales de la Nación, sino que los devolverá a las provincias que han cometido el enorme pecado de haber establecido esos impuestos contra todos los habitantes del país.

Mucho más grave todavía es el impuesto al azúcar que algunas provincias han establecido y que convertiremos ahora en impuesto nacional. Es un impuesto que mañana podrá hacerse extensivo al pan, a la carne, a las legumbres, a las frutas. No figurará como una gloria imperecedera para el señor ministro Pinedo, el haber propuesto al Congreso darle validez nacional a este detestable impuesto provincial.

Considero, pues, a ésta, una mala ley, cuyas consecuencias se agravan mucho más aún, porque hipertrofia el poder central de la Nación, porque centraliza mucho más todavía las funciones ya centralizadas del gobierno nacional. He dicho que es una ley más política que económica, porque, por más recaudados que se tomen, será un instrumento poderosamente político en manos del

Poder Ejecutivo nacional. ¿Quién puede dudar de ello? Ayer se ha tratado de castigar terriblemente hasta a los directores del Banco de la Nación — casi se pidió para ellos la silla eléctrica — y se ha transigido aceptando lo propuesto por la comisión. A pesar de todas estas medidas draconianas, el Poder Ejecutivo tendrá en sus manos el torniquete de los impuestos internos para ejercer presión política sobre las provincias.

Esta ley tiene, además, otra característica detestable. Hemos visto cumplirse en esta Cámara el precepto latino del *do ut des*, dame que te daré. Había tratos visibles, públicos, entre diputaciones de provincias. Hemos visto a una provincia conseguir decuplicar la suma que se le entregaría con relación a los impuestos que ella cobra ahora. La provincia de Salta amenazó, por intermedio de sus diputados, con no adherir a la ley si no se le daba una suma, no recuerdo si de 600.000 pesos, mientras que el Poder Ejecutivo había propuesto 58.000 y la comisión ofrecía 200.000. La mayoría de la Cámara ha satisfecho las exigencias de la diputación de Salta, y hemos oído ayer, después que se hizo esta concesión, que un diputado por Salta decía que era imposible que su provincia se sustrajera a la adhesión a esta ley. Y hemos visto ayer al cauto y prudente señor diputado por Catamarca, doctor Ahumada, plantear una cuestión que achica esta ley. Se había proyectado una cláusula que tenía, precisamente, el propósito de llegar a la unidad económica de la Nación. Ahora, tal propósito ha quedado reducido a los alimentos. Un diputado de nuestro sector hacía la observación: ¿Y el combustible?, ¿y el vestido?, ¿y los otros productos?, ¿por qué sólo los alimentos?

En fin, se ha sacado algo: del lobo, un pelo. Se justifica, pues, el escepticismo de algunos señores diputados en este debate, que no se ha prolongado por culpa nuestra, sino por culpa de los señores diputados que pelean duramente por el reparto: es el *do ut des*.

Ahora vamos a votar el impuesto nacional al consumo del azúcar.

Es lamentable, señor diputado por Jujuy, que cada vez que se trata en la Cámara, del azúcar, haya algún escándalo. Y me dirijo al señor diputado por Jujuy, porque esta vez ha tenido él la mala suerte de ser quien motivara el que ha tenido ahora consecuencias ingratas; hemos oído de un señor vicepresidente esta amenaza: ¡Cuidado! ¡Vean la neutralidad, la generosidad de la Presidencia! ¡Como para darle un *bill* de indemnidad!

Se puede tratar el azúcar con más tranquilidad. Combatimos el mal impuesto interno al azúcar, que antes fué provincial y que ahora se lo quiere convertir en nacional, agravándolo con un impuesto al azúcar importado, lo que significa aumentar la protección aduanera a la ya altamente protegida industria.

El ex ministro doctor Molina, antecesor del doctor Pinedo en el ministerio, coincidía con el diputado Pinedo, o el diputado Pinedo coincidía con el señor ministro Molina.

Sr. Ministro de Hacienda. — Yo no he sido diputado mientras el doctor Molina fué ministro. Ya ve cómo pude haber coincidido; según el señor diputado he coincidido sin que hubiese expresado mi opinión. Es una prueba de la inexactitud del dato.

Sr. Dickmann (E.). — Yo lo he aplaudido en la controversia con el ex diputado Camaño, en el salón Verdi, en la Boca.

Sr. Ministro de Hacienda. — Hace diecisiete años.

Sr. Dickmann (E.). — En materia de azúcar no han cambiado las circunstancias del mundo ni del país argentino. El que ha cambiado es el señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — Señalo que el señor diputado da datos equivocados.

Sr. Dickmann (E.). — El señor ministro hasta el año pasado decía que económicamente sería una desgracia nacional que los cañeros y azucareros se pusieran de acuerdo, porque él creía que en la lucha se aprovechaban los consumidores. Ahora, en su profesión de fe oligárquica, apechuga con todo.

Sr. Ministro de Hacienda. — Vamos a verlo.

Sr. Dickmann (E.). — El impuesto interno al azúcar creado por las provincias, abuso que el poder central no ha tenido energía para cortar, se convierte ahora, por iniciativa del señor ministro de Hacienda, en impuesto nacional, detestable impuesto al consumo sobre el azúcar.

—Suena el timbre que indica que ha transcurrido el término reglamentario.

Sr. Dickmann (E.). — Solicito de la Honorable Cámara me conceda unos minutos más.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar si se acuerda la ampliación que solicita el señor diputado.

—Resulta afirmativa.

Sr. Dickmann (E.). — Estamos alarmados por un déficit de algunos millones de pesos. ¡Si vivimos, señores diputados, en perpetuo déficit! Yo no sé qué déficit habrá en el presupuesto este año, sobre todo con las decenas y centenas de millones de pesos que votó la Honorable Cámara en las últimas sesiones ordinarias, dinero votado a la marchanta. ¡Ahora nos vamos a alarmar porque haya un pequeño déficit!

Yo estoy de acuerdo con el señor diputado por Jujuy. Es posible que nos guíen propósitos distintos. Es posible que el señor diputado Arrieta crea que si no se vota ahora el impuesto nacional al consumo del azúcar saldrán beneficiados los industriales. Tampoco me alarma mucho eso.

Sr. Arrieta. — ¿Me permite?

Sr. Dickmann (E.). — Sí, señor diputado.

Sr. Arrieta. — ¿Cómo es que resultarán favorecidos los industriales, si mi proposición está acompañada por la reducción del límite del impuesto aduanero adicional en la misma cantidad que el impuesto que se suprimiría?

Sr. Dickmann (E.). — No había percibido esa proposición. Le agradezco la aclaración, y ahora estoy más de acuerdo con el señor diputado por Jujuy.

Sr. Arrieta. — Hice la proposición en las dos formas.

Sr. Dickmann (E.). — Me parece una excelente proposición y más excelente todavía cuando sale de un diputado azucarero. Suprimir el impuesto interno y reducir el impuesto aduanero en proporción, me parece una excelente cosa. Es lo que propuso el ex ministro Molina, es lo que hemos propuesto siempre. Pero aun si se beneficiaran los industriales, no me alarmaría este hecho. Todavía tenemos muchas cosas que exigir a los industriales en condiciones de trabajo, en higiene, en condiciones de salario, etcétera, de manera que si ellos resultaran beneficiados, eso repercutiría sobre el nivel de vida de la clase obrera del Norte.

Pero si creáramos el impuesto nacional al consumo del azúcar, señores diputados, cometeríamos un grave pecado. Yo no he podido silenciar que dentro de los múltiples aspectos de esta ley, de los múltiples aspectos malos que he indicado, el más grave sería crear un impuesto nacional a un artículo de primera necesidad.

Señores diputados del Norte: no hay superproducción de azúcar en el país; lo que hay es subconsumo. ¿Cómo vamos a creer que cada argentino no puede consumir el doble del azúcar que consume ahora? ¿Cómo vamos a creerlo, si la inmensa mayoría de los habitantes del país, auténticamente criollos, toman todavía mate amargo? ¿Vamos a convertir en una virtud el mate amargo? ¿Cómo creer que no pueden consumir más azúcar las provincias de Cuyo, cuando no pueden transformar los productos de su industria frutícola porque el azúcar es demasiado cara, y aparecen ideas tan fantásticas como la de producir azúcar de remolacha en un país donde prospera tan admirablemente la caña?

No hay superproducción de azúcar; lo que hay es subconsumo por la carestía. Confieso que no sé cuáles son

los precios del azúcar en el mundo; pero confieso también que las estadísticas y las carpetas del señor diputado Simón Padrós, me agobian. *(Risas)*.

Sr. Simón Padrós. — Lo alarman.

Sr. Dickmann (E.). — Me agobian, me aplastan.

Sr. Arrieta. — ¿Las de la Sociedad de las Naciones también, señor diputado?

Sr. Dickmann (E.). — Estoy ahora investigando eso. Para el período próximo tendremos los precios exactos del azúcar. Se los prometo a los señores diputados.

Sr. Arrieta. — Estoy seguro que coincidirán con los que hemos expuesto aquí, ayer.

Sr. Ministro de Hacienda. — En cuanto sean exactos.

Sr. Dickmann (E.). — Lo que sí sé es que el azúcar en el puerto de Buenos Aires vale 17 centavos el kilo, y que se pagan 25 centavos de impuesto aduanero; es decir, hay un impuesto que lo cobran los industriales del Norte, no lo cobra la Nación.

Así que estoy seguro que se podría consumir mucho más azúcar en el país y prosperarían mucho más las provincias del Norte.

Desgravemos el azúcar de todo mal impuesto; ya que las provincias no cobran más este impuesto, no lo hagamos impuesto nacional, señores diputados.

El diputado Repetto me da una estadística del consumo del azúcar en el mundo. La República Argentina está, no diré entre los que consumen menos, pero muy lejos de los países que consumen más. Hay países que consumen anualmente 54 kilos por habitante.

Sr. Arrieta. — ¿Qué país, señor diputado?

Sr. Dickmann (E.). — Dinamarca, 54,2; Suecia, 42,1; Reino Unido, 45,3; Holanda, 41; Suiza, 41,9, y la República Argentina consume 21,9. Es un consumo medio aceptable; lo reconozco, pero podría ser mucho más alto.

El mayor consumo beneficiaría a los azucareros progresistas de las regiones que producen más y mejor. Nosotros deseamos el progreso de la industria azucarera en todo sentido, pero no a

expensas de la extorsión fiscal, a expensas del consumo nacional. En este sentido ahora, ya que tenemos un punto de coincidencia — son tan pocos entre los legisladores socialistas y los del Norte — aprovechémoslo. Coincidimos con los diputados de las regiones del Norte productoras de azúcar, en que es malo el impuesto nacional al consumo del azúcar. Ellos han renunciado a su impuesto provincial, y lo importante para las respectivas provincias es percibir las sumas que han percibido, y eso se puede financiar. El señor ministro de Hacienda haría una obra realmente genial si indemnizara a estas provincias por el mal impuesto que cobraban hasta ahora, que se va a extinguir dentro de algunos años, y si no se crea sobre el azúcar un impuesto nacional.

Hay una diferencia fundamental entre el azúcar y el vino. Felizmente ya no hay diputados en la Cámara que sostengan que el azúcar es un artículo de lujo o un consumo superfluo. Esa idea errónea, absurda, ha desaparecido de todas las cabezas; todo el mundo admite que el azúcar es un alimento de primera necesidad. A todos los niños argentinos habría que acostumbrarlos desde su infancia a consumir mucho azúcar. Se consumiría menos alcohol, tendríamos menos ebrios, menos degenerados, nuestras cárceles estarían menos recargadas y nuestros manicomios más libres.

Por eso, señores diputados, nos oponemos tenazmente a este inciso, que crea el impuesto interno al azúcar de fabricación nacional y al importado, y aceptamos el segundo agregado del señor diputado Arrieta, que me parece excelente, sobre todo teniendo en cuenta su procedencia.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Ferreira). — Ha pedido la palabra antes el señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — Se la cedo al señor diputado porque voy a contestar.

Sr. Pena. — Si el señor ministro quiere hablar ahora...

Sr. Ministro de Hacienda. — Bueno; voy a hablar ahora.

Lo que acabamos de oír, señor presidente, es una de esas pruebas acabadas de incomprensión...

Sr. Dickmann (E.). — Señor presidente: Estoy harto del señor ministro en su suficiencia.

Sr. Ministro de Hacienda. — Señor presidente: Hago notar a la Cámara que sólo podré permanecer en ella si soy respetado absolutamente en mi derecho de expresar mis opiniones.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente.

Sr. Presidente (Ferreira). — La Presidencia hará respetar al señor ministro. Ruego a los señores diputados que no interrumpan.

Sr. Ministro de Hacienda. — Las palabras del señor diputado Dickmann son una manifestación de la incomprensión completa de este proyecto por parte de los que quieren entenderlo sin haberlo leído. Es probable, señor presidente, que este proyecto contenga errores; es seguro que debe tenerlos y los señores diputados deben encargarse de indicarlos; pero los indican sólo cuando me consideran a mí padre del proyecto.

Sr. Dickmann (E.).—Padre putativo.

Sr. Presidente (Ferreira). — Ruego al señor diputado que no interrumpa.

Sr. Ministro de Hacienda. — Estoy esperando, señor presidente, que el señor diputado por la Capital descubra al padre legítimo de este proyecto. Si lo indica, si puede señalarlo con nombre y apellido, figuraré con gusto como un padre postizo del proyecto; pero mientras eso no sea así, aunque los señores diputados tengan que lamentarse de que haya acertado en algún proyecto, tendré que cargar yo con los méritos y con los deméritos de haber sido el autor de esta iniciativa.

El señor diputado por la Capital no encontrará jamás, por más que se empeñe, iniciativas sobre este asunto de los que pueda derivar este proyecto en

sí. Hay infinidad de proyectos que indican que los impuestos internos deben unificarse, pero un proyecto organizado, capaz de ser sancionado y capaz de concluir con la anarquía impositiva en el interior y de crear un impuesto interno nacional, no ha existido; de manera que, por el momento, soy el padre del proyecto y tengo yo la responsabilidad de sus defectos y el mérito de sus aciertos.

Con esa precisión idiomática que lo caracteriza, el señor diputado Dickmann hablaba de que este proyecto consagra lo malo. Debe haber querido decir lo contrario, porque este proyecto deroga los impuestos a que alude; lo único que quiere decir, si es que algo quiere decir con esas palabras, es que este proyecto consagra a las provincias el derecho a tener como entradas las que antes se procuraban por medio de los impuestos que hoy se derogan, pero de ninguna manera puede decirse que consagra lo malo. El ejemplo más típico es el referente al vino: si en la provincia de San Juan tiene un impuesto de 8 centavos y por el proyecto será de 5 centavos, no puede decirse que se consagre la situación existente, sino que se modificará, alterará y mejorará.

Pero el señor diputado dice que el impuesto sobre el azúcar afecta el proyecto. Lo afectaría como un lunar en una cara hermosa, pero no creo que un lunar más o menos en determinadas caras modifique la belleza de ciertas fisonomías ni de ciertos proyectos.

El proyecto de impuesto al azúcar no hace sino reemplazar el cobrado por las provincias, por el impuesto nacional. Pero, el señor diputado no pudo excusarse de decir que ése era un nuevo defecto, porque aumenta la protección aduanera. Se ha demostrado hasta la saciedad que no es así; se ha comprobado por palabras que colegas del señor diputado consideraron suficientes, que como lo había articulado el gobierno y como está en el despacho, no tiene ese sentido. Diputados que representan a la región azucarera del país han coincidido con la manifestación de propó-

sitos de los diputados socialistas y del ministro de Hacienda: no se elevará el precio del azúcar; por el contrario, el señor diputado Arrieta propone que se disminuya, disminuyendo el impuesto.

Pero era lógico que el señor diputado por la Capital tuviera que encontrar ese supuesto defecto, que este proyecto aumenta la protección aduanera, y me encontrara en seguida en contradicción con lo que había hecho apoyando al ministro Molina. Me he referido, en la breve interrupción que la Cámara ha oído, a ese aspecto pequeñísimo de la cuestión para demostrar cómo se dicen las cosas que no son exactas, con la misma tranquilidad, con la misma certeza y con el mismo aplomo con que se repite el Evangelio, o el Corán. Yo no he podido apoyar al señor ministro Molina por la sencilla razón de que no he estado aquí mientras el doctor Molina ocupaba su cartera. Yo no era entonces diputado; era diputado, se ha dicho; había sido elegido candidato por el Partido Socialista y renuncié a mi banca, cosa que no han hecho otros.

Se dice que poco importa originar un déficit en la percepción de los impuestos por la supresión del impuesto al azúcar, ya que la Cámara ha votado en los últimos días centenares de millones de pesos — recaleo el término para que no desaparezca de la versión taquigráfica — centenares de millones de pesos, y los señores diputados podrán comprobar la exactitud de semejante aseveración haciendo el cómputo respectivo. Todo eso va parejo con el concepto de la incidencia del impuesto que hoy hemos visto destacar: que por momentos gravitaba sobre el consumo nacional — eso parece tomado del mensaje del gobierno —, por momentos gravaba a los industriales tucumanos, y del cual se ha dicho que si fuera derogado, aun sin modificarse la situación del azúcar en cuanto a precio, tendría un beneficio hasta ayer inculcado: mejoraría el standard de vida de los obreros del Norte.

Yo no puedo sino asombrarme de que una ley estudiada con tanto tesón por sus propios representantes de par-

tido, pueda ser tratada con tanta ligereza. Se demuestra que con el deseo de restar méritos al adversario, no se trepida en nada, y en ese terreno no tengo ningún interés en seguir.

Lo único que puede ocuparme entonces son las proposiciones que ha hecho el señor diputado Arrieta: una sobre la supresión del impuesto al azúcar, y otra, coincidente, con la que ayer formulara el señor diputado Ghioldi, sobre cómputo del impuesto interno a los efectos del precio que determine el derecho de aduana. La supresión del impuesto al azúcar hubiera halagado enormemente al ministro que habla. Estuvo en mis propósitos, hasta lo he indicado a varios legisladores mientras el proyecto estuvo en su larga y penosa gestación que jamás apreciarán los que no son ni serán padres putativos ni reales de nada bueno. En esa trabajosa gestación se habló de la supresión del impuesto al azúcar y hoy repetiría gustoso el proyecto si el Honorable Congreso, que representa al país y que tiene potestad impositiva, diera al gobierno fuentes de recursos suficientes para reemplazar ese tributo que es, poco más o menos, de 7.000.000 de pesos. Con gusto lo haría si se recargara en una pequeña parte las tres primeras categorías del impuesto a los réditos y si se tuviera la certeza de que el impuesto a la herencia o algún sucedáneo aceptable por los señores diputados de la derecha — como sería el impuesto que gravara la porción disponible de los causantes — va a dar al Estado la garantía de que esos recursos van a tenerse. Si eso no existe no será posible suprimir el impuesto al azúcar y habrá que conformarse con la otra indicación del señor diputado Arrieta y que formularon ayer los señores diputados Pena y Ghioldi: computar el impuesto interno en el precio a los efectos del juego de la ley Saavedra Lamas y de su complemento.

El gobierno está dispuesto a hacer todo lo que esté en sus manos para que el precio del azúcar no suba por virtud de este impuesto, y afortunadamente, cuenta para lograrlo con la voluntad

concordante de la unanimidad del Congreso, ya que son los propios diputados de la región azucarera los que han propiciado esa solución.

Sr. Dickmann (E.). — Pido la palabra.

Deseo contestar brevemente algunas consideraciones del señor ministro de Hacienda. Lamento mucho que en este caso el señor ministro sea el zapato y yo la horma. Lo lamento porque lo irrito sobremanera cada vez que yo expongo algunas ideas económicas. Yo le aconsejaría, para la salud de la Honorable Cámara y para la salud del señor ministro de Hacienda, el no tener esa clase de exabruptos y de irritaciones completamente inconducentes. Califica con gran ligereza, de incomprensión a los diputados; hace pocas sesiones dijo que no he leído el proyecto y, como lo podría demostrar, lo he leído. Hoy califica de una incomprensión total una proposición clara y precisa como lo es la supresión del impuesto nacional al azúcar. No le gusta mi precisión idiomática. Cuando yo he usado la palabra «consagra» todos los señores diputados han comprendido su alcance. Se derogan los impuestos provinciales pero se transforman en impuestos nacionales. Eso quiere decir una consagración de los malos impuestos provinciales. Otro sentido no ha tenido mi palabra que, por otra parte, le advierto al señor ministro uso con gran precisión.

El mismo ministro Pinedo ha elogiado el año pasado mi claridad y precisión. No quiero recordarle el elogio que de otros escritos y discursos míos ha hecho el señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — ¡Ojalá estuviéramos a la recíproca, con lealtad! Nunca le voy a escatimar un elogio que merezca sobre algo que haya hecho. Se lo voy a hacer público y no voy a incurrir, como otros, en el defecto de aplaudir en privado lo que no tienen el coraje de aplaudir en público.

Sr. Dickmann (E.). — No he aplaudido esa medida en privado. Jamás el señor ministro me ha sorprendido en una doble actitud; puedo estar en

error, pero siempre he mantenido una actitud política rectilínea y lo desearía para él, en su larga vida política que le espera todavía...

Sr. Ministro de Hacienda. — ¡Ojalá!

Sr. Dickmann (E.). — Jamás me ha sorprendido el zigzag que ya en pocos años el señor ministro ha recorrido.

De manera que le admito que considere que estoy en el error, pero no en la mala fe.

Al hablar sobre este asunto empecé por decir que contemplaba con excepción esta ley que centraliza el poder en manos del Ejecutivo nacional, que ya lo tiene excesivo, y que consagra los malos impuestos provinciales y que los agrava todavía.

Disculpe el señor ministro ese estado de ánimo de un diputado que mira siempre el interés general por encima de los intereses de partido, de provincia y de región. Dispuesto estoy a renunciar a posiciones y a cargos en mi partido si se tratara de defender el interés general del país, que siempre coincide con el interés de la masa popular. Considero que el partido es el medio y el país es el fin.

Así que el señor ministro no tiene el derecho a usar el lenguaje de la naturaleza del que ha usado con diputados que él bien sabe han consagrado su vida al bien público, aunque alguna vez hayan podido estar equivocados. Usé con precisión los términos y no es un desmedro la incorrección idiomática que me ha señalado el señor ministro. Ese es un recurso de un mal parlamentario.

Yo me opongo al impuesto interno al azúcar para que no se consagre un mal impuesto a un consumo fundamental del pueblo, toda vez que creado es muy difícil suprimirlo; siempre es más fácil agravarlo.

Estamos en el momento preciso de poder suprimir ese mal impuesto. Yo no sé si en el momento actual van a beneficiarse los industriales o los consumidores; no me interesa; es una circunstancia pasajera. Lo importante es no crear el impuesto interno al azúcar. Eso es lo que me ha obligado a hacer

uso de la palabra y no he podido ocultar mi estado de ánimo sobre la totalidad del proyecto en vista de todo lo que ha sucedido durante su discusión en la comisión y sobre todo en la Honorable Cámara. Es el estado de ánimo de un diputado que contempla con absoluta objetividad e impersonalidad las cuestiones de orden público.

Nada más.

Sr. Ministro de Hacienda. — Si me permite el señor presidente rectificar-me a mí mismo en dos palabras. No voy a rectificar al señor diputado por la Capital, porque no merece ninguna rectificación.

He dicho que yo no había sido diputado mientras el doctor Molina desempeñó la cartera de Hacienda. Me rectifico, porque recuerdo que en los últimos meses del año 1928 fui diputado.

Dejo así aclarado el punto.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

He esperado con algún interés que se produjeran ciertas rectificaciones, porque el señor diputado Arrieta dijo ayer textualmente: «La larga serie de inexactitudes que nos ha endosado el señor diputado Pena...» Y más adelante, refiriéndose a mis cifras, dijo: que la mayoría de ellas eran falsas; a lo que respondí: «Son exactas. Dé cifras usted, puesto que es ingeniero. *Sr. Arrieta:* Yo también traeré cifras que el señor diputado tendrá que aceptar y demostraré que la mayoría de sus cifras son falsas».

El que haya leído el Diario de Sesiones ayer y haya oído hoy al señor diputado Arrieta, no encontrará que él se haya referido, en ningún momento, a las cifras dadas por mí.

Estoy dispuesto a rectificar cualquier cifra que haya podido dar a la Cámara por error, porque no entra en los planes de mis exposiciones sorprender la buena fe de la Cámara con cifras equivocadas.

El señor diputado ha usado adjetivos y no ha traído cifras de ninguna naturaleza; de manera que, por mi parte, yo sólo tengo que confirmar la información que dí a la Cámara, en cuanto

ha sido expresada por cifras en las distintas oportunidades en que he intervenido en este debate.

Por otra parte, en mi exposición hay cifras que se refieren a conclusiones técnicas del ingeniero Alvarez, a las cuales no se ha referido para nada el señor diputado, y que tienen mucho que ver con las condiciones en que se trabaja la caña en Tucumán y funcionan algunos ingenios, completamente coloniales, en esa provincia.

Debo agregar, con respecto a este aspecto del asunto, que acabo de recibir una carta firmada por el ingeniero E. Salgado Martín, Oficina Técnica de Control Cañero, 25 de Mayo 147, Tucumán, que dice: «Señor diputado nacional, José Luis Pena. — De mi consideración y respeto: Me es grato dirigirme a usted para hacerle llegar mis felicitaciones por su réplica al discurso industrialista del diputado Padrós. Lamento que la mayoría defensora de un capitalismo egoísta y absorbente no haya escuchado sus argumentos y razones, pero creo que no está lejano el día en que los industriales (no la industria azucarera), caigan para siempre bajo el golpe inexorable de la verdad.

«En breve tendré el gusto de obsequiarle con los volúmenes de mi libro *La industria azucarera en su faz técnica y económica*, donde con documentos públicos y datos estadísticos, yendo de la síntesis al análisis y del análisis a la síntesis, estudio detenidamente la situación técnica y económica de las fábricas azucareras tucumanas.

«Reitérole mis felicitaciones», etcétera.

Ahora, en cuanto a los precios del azúcar que ha dado el señor diputado, son precios que no prueban nada, sino la verdad de lo que se ha afirmado, porque todo el mundo sabe que el azúcar es un artículo cuyo expendio al menudeo se realiza a título de propaganda, pues son demasiado conocidos los precios de venta al por mayor. Como no sea, pues, con el propósito de hacer reclame y vender con pérdida, o porque se use el procedimiento de una balanza que compensa la venta a

un precio inferior u otro procedimiento de agregación de substancias que no valgan tanto como el azúcar, todo el comercio está sujeto a los cuatro consignatarios que son los únicos que pueden vender azúcar en la plaza de Buenos Aires y en todo el país, porque hay convenios para la distribución de zonas de venta. De manera que el único dato, la única cifra que siguió a los adjetivos del señor diputado se destruye con la realidad.

El señor diputado llegó, por último, después de sus adjetivos, a darnos la razón: algo hace falta en esta ley. De modo que lo que nosotros hemos planteado no es una cosa tan arbitraria ni fuera de razón, algo hace falta en esta ley, y es lo que queremos nosotros: que ese impuesto no se sume al impuesto excesivo y extorsivo que grava en la aduana al azúcar extranjero.

Todos los adjetivos escuchados y las incidencias inútiles producidas no tienen pues ningún valor ni resuelven la situación. Lo que hace falta es poner en la ley, como lo hemos sostenido con el señor diputado Ghioldi, una disposición según la cual el impuesto interno al azúcar importado será considerado como un gasto inherente al despacho, para que el adicional no pueda ser aumentado sino en lo que reste para llegar al máximo del derecho.

En cuanto a la otra disposición propuesta por el señor diputado referente al azúcar que haya pagado impuesto provincial y que no tenga salida en virtud de los convenios de los industriales para vender el azúcar en las cantidades que les conviene a ellos, a fin de no bajar los precios — porque ellos saben que una baja de precio puede determinar un aumento de consumo, que no les interesa, porque ganan más vendiendo caro y poco que vendiendo mucho y barato —, aceptamos que los azúcares que hayan pagado impuesto provincial no sean recargados nuevamente por el impuesto interno nacional.

Ya ven los señores diputados cómo en estas cuestiones de negocios las cosas son claras y se reflejan en cifras.

y que cuando no hay cifras se puede recurrir al adjetivo inútil, hiriente, pero sin aclarar nada, porque, en definitiva, se llega a la verdad única y necesaria.

De modo que proponemos que se agregue en lo referente al azúcar importado las palabras siguientes, que están por otra parte, de acuerdo con la disposición que rige la materia: el impuesto interno al azúcar importado será considerado como un gasto inherente al despacho directo de aduana.

Sr. Dickmann (E.). — Siempre que la Cámara apruebe el inciso.

Sr. Pena. — Desde luego, la proposición es para el caso de ser aprobado el despacho.

Sr. Dickmann (E.). — Si la Cámara rechazara este inciso no habría nada que proponer.

Sr. Pena. — Dije antes y reitero ahora que más que un convenio entre las provincias y la Nación éste es un arreglo necesario para salvar ciertos intereses industriales que han gravitado y gravitan todavía, por desgracia, de una manera excesiva en la economía de nuestro país.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar el despacho de la comisión.

Sr. Pena. — Como la comisión ha escuchado sugerencias de parte del señor ministro, de parte del señor diputado por Jujuy, y de la nuestra, creo que no habría inconveniente en agregar las palabras que tradujeran expresamente el pensamiento que aquí se ha tenido al tratar la cuestión.

Sr. Martínez. — Lo que se va a votar, ahora, es solamente si se establece o no el impuesto nacional al azúcar.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a leer por Secretaría la parte del despacho que se votará.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — Es la siguiente: «El azúcar de producción nacional o importado pagará como impuesto interno \$ 0,02 moneda nacional por kilo.»

—Se vota y resulta afirmativa de 62 votos, sobre 107 señores diputados.

Sr. Martínez. — Pido la palabra. Recogiendo la sugerión del señor

diputado por la Capital, he conversado con la mayoría de los miembros de la Comisión de Presupuesto y Hacienda quienes se inclinan a aceptar la proposición concreta del señor diputado por Jujuy, que dice: «debiendo este impuesto computarse a los efectos de la fijación del derecho adicional del artículo 2º del decreto de 6 de Febrero de 1931».

Además, acepta el régimen que propone el mismo señor diputado, respecto a que el impuesto se aplicará a partir del 1º de Enero de 1935 sobre aquellos azúcares que no hubieran abonado impuestos internos provinciales.

Sr. Ghioldi. — Pido la palabra.

Hay unanimidad de criterio en lo que respecta al concepto, es decir, que con esta ley no se pretende aumentar la protección aduanera, pero nosotros, si bien aprobamos la segunda parte del proyecto del señor diputado Arrieta, mantenemos nuestra redacción para la primera parte; y voy a dar la razón.

Sr. Ministro de Hacienda. — ¿Cuál es la redacción?

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a leer por Secretaría.

Sr. Secretario (Zavalla Carbó). — Las dos proposiciones son las siguientes: una del señor diputado Pena, y luego la redacción que le dió el señor diputado Ghioldi. La del señor diputado Pena, dice así: «El impuesto interno al azúcar importado será considerado como gasto inherente al despacho directo de aduana.» La redacción del señor diputado Ghioldi, es la siguiente: «El impuesto interno al azúcar importado se computará a los fines de la ley número 8.877.»

Sr. Ghioldi. — La diferencia con la proposición del señor diputado Arrieta, consiste en lo siguiente: en que nosotros queremos referirnos a la ley y el señor diputado quiere referirse a un decreto del gobierno de facto, que nosotros no podemos aceptar.

Sr. Simón Padrós. — Pido la palabra.

Surge un contrasentido entre el concepto aceptado unánimemente por los distintos sectores, y compartido por el

señor ministro de Hacienda, y las últimas palabras del señor diputado por la Capital, contradicción documentada con la propia redacción que hace el señor diputado Pena.

La ley básica, orgánica, la ley Saa-vendra Lamas estableció un derecho fijo, constante, de 7 centavos oro por kilo de azúcar refinada que se importe. Esta ley no ha sido en ningún instante motivo de debate en la Cámara durante los tres últimos años. El tema de discusión ha sido siempre el decreto-ley de 6 de Febrero de 1931, que al reglamentar el artículo 2º de aquella ley básica, estableció un mecanismo, un sistema diferencial móvil de impuesto aduanero compensador, permitiendo que el azúcar en el mercado interno quede defendido hasta un límite de 41 centavos papel por kilo.

El texto del artículo 2º del decreto-ley, establece un derecho aduanero adicional variable en forma tal que, agregado al precio de los azúcares C. I. F. y a los gastos inherentes al despacho directo de aduana, arroje una cifra constante de 11 centavos oro. No juega, en ningún momento, como sumando, el derecho permanente básico de 7 centavos oro por kilo.

Son tres los sumandos que intervienen para integrar una cifra constante, rígida, permanente de 11 centavos oro por kilo: el precio a que se cotiza el azúcar importado C. I. F., o sea sobre vapor en Buenos Aires, más los gastos inherentes al despacho directo de aduana, donde está el eslingaje, la estadística, el depósito, el derecho de puerto, etcétera, y el derecho adicional debiendo sumar la cifra constante de 11 centavos. De estos tres sumandos varía mes a mes la cotización del azúcar importado. Los gastos inherentes al despacho directo son más o menos constantes; entonces, el tercer sumando es el que varía en diverso signo del que varía el precio de la cotización extranjera para arrojar siempre una constante: 11 centavos oro. De manera que si la interpretación unánime, si el concepto de la aclaración al despacho de la Comisión de Presupuesto viene en el sentido de que no pueda jugar el nuevo

impuesto aduanero permitiendo un sobreprecio al azúcar, no hay más que reducirlo del derecho adicional, pero reducirlo naturalmente de aquella ley o de aquel decreto-ley que lo ha puesto en vigor, no de una ley básica que no tiene nada que ver con el juego elástico del derecho móvil, compensador, diferencial.

Por consiguiente, no hacemos sino reflejar en redacción escrita, clara e hilvanada con sus antecedentes, la manera de que no pueda el nuevo impuesto interno influir en el precio, o sea, deduciéndolo del derecho adicional.

Dejo demostrada la razón por la cual el señor diputado Arrieta ha formulado una redacción que es la única que estaría en consonancia con el antecedente que la motiva.

Nada más.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

La dificultad en que se ve la Cámara se va aclarando y está exactamente planteada en los términos en que yo la enuncié originariamente. Si nos tenemos que referir en la proposición a algún decreto-ley, como se lo ha calificado, es por la circunstancia de que el Congreso no ha entrado al asunto de fondo ni se ha pronunciado respecto de una cuestión que yo formulé hace dos años o más para que se definiera de una vez por todas la situación de inconstitucionalidad e ilegalidad de ese decreto que permite que, a espaldas del Congreso, una comisión de interesados fije los derechos de aduana todos los meses al azúcar extranjero.

De tal manera, que si nosotros tomamos las cosas como suceden hoy, ocurre lo siguiente: que el azúcar, por ejemplo, vale 6 centavos oro C. I. F. Buenos Aires — ¡ese azúcar tan caro, de acuerdo con las informaciones que se han dado, de precio exorbitante en todo el mundo, llega al puerto de Buenos Aires a 6 centavos oro! —; allí para los gastos inherentes al despacho se agrega una cantidad de 2 centavos y cuarto, y el adicional entonces se suma a él para hacer que llegue el total a 11 centavos oro, a esta suma se le aplica el derecho de 7 centavos oro, lo que da una suma total de 18 centavos oro, que equivale a

41 centavos papel; tal es el precio de carestía del azúcar obtenido por la versión del texto legal que hizo el Gobierno Provisional al aplicar una ley que fija ese precio, como se sabe, para defender al consumidor, en el sentido de crear un derecho adicional para todo azúcar extranjero a fin de que nunca pueda éste venderse debajo de ese precio, lo que es una enormidad de interpretación del texto legal.

En estas condiciones, es evidente que mientras el azúcar no aumente de precio, las cosas no van a tener ulterioridades. Si, por ejemplo, el azúcar llega a 6 centavos y se agrega al despacho directo este impuesto interno de 2 centavos, pasaría a tener de 2 $\frac{3}{4}$ centavos un impuesto de 3,59 centavos y el adicional tendría que ser 1,41, en lugar de 2,29, como era en el caso anterior, para llegar a 11 centavos y ser aplicada la escala de la ley para hacer los 18 y dar otra vez los 41 papel. Pero el impuesto va a influir, si no se acepta la forma anunciada, cuando el azúcar C. I. F. llegue a 8,29 centavos por kilo, y en este caso va a desaparecer el adicional.

De manera que es muy importante, ya que el Congreso no ha querido considerar la cuestión en defensa de sus prerrogativas y facultades, que contemple ahora la situación de hecho, a efecto de que este impuesto, que se aplica arbitrariamente, sea aplicado en términos tales que sumándolo a los recargos inherentes al despacho, tenga que reducir el margen del adicional a efecto de que desaparezcan esas dificultades.

Hay otra circunstancia que debe tenerse muy en cuenta: no solamente hay azúcar refinada de 41 centavos; hay azúcar granulado, de calidad inferior, y si el impuesto no se aplica en la forma que yo indico se correría el riesgo de que esos azúcares inferiores no pudieran entrar en competencia, porque mediante la fijación del impuesto su costo fuera elevado a 41 centavos.

De manera que la proposición que he formulado tiene en cuenta los distintos aspectos del problema y se basa en el concepto de que ese impuesto de 2 centavos ha de cargarse como gasto inhe-

rente al despacho que rige para todo el azúcar.

En ese sentido, creo que el señor diputado Ghioldi, salvado su deseo de respetar la ley, y desconocer el decreto, ya que hemos planteado la cuestión refiriéndonos a situaciones de hecho, aceptaría la proposición que he formulado, sabiendo la Cámara que oportunamente hemos planteado la cuestión y que no declinamos en modo alguno nuestra posición frente a esta ilegalidad de un decreto que se mantiene porque la mayoría del Congreso y el gobierno están fuertemente influenciados por los intereses que tienen tanta gravitación en las cuestiones de la política nacional.

Nada más.

Sr. Ghioldi. — Acepto.

Sr. Ruggieri. — Pido la palabra.

Conviene dejar constancia, subrayando aclaraciones que se han formulado en el curso del debate, por el señor ministro de Hacienda en una sesión anterior, por el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y por otros diputados que han intervenido en la discusión, que cualquiera sea la redacción que se dé al agregado que se propone a esta parte del artículo 25 del despacho, en ningún caso el nuevo impuesto interno nacional de 2 centavos por kilo para todos los azúcares modifica el régimen de la ley 8.877; que se mantiene inviolable.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar.

Sr. Dickmann (A.). — Que se vote por partes el artículo propuesto por el señor diputado.

Sr. Presidente (Ferreira). — Así se hará, señor diputado.

—Se llama para votar.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar la primera parte del agregado aceptado por la comisión, que se va a leer.

—Se lee:

... debiendo este impuesto computarse a los efectos de la fijación del derecho adicional

del artículo 2º del decreto de fecha 6 de Febrero de 1931.

—Se vota, y resulta afirmativa.

Sr. Dickmann (A.). — En cuanto a la segunda parte, vamos a votarla afirmativamente.

Sr. Ministro de Hacienda. — Vamos a discutirla.

Sr. Dickmann (A.). — Creí agotado el debate. De modo que me reservo mi opinión para más adelante.

Sr. Ahumada. — Pido la palabra.

Ante todo, pido que por Secretaría se dé lectura de la segunda parte.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a leer.

—Se lee:

El impuesto se aplicará a partir del 1º de Enero de 1935, sobre aquellos azúcares que no hubieran abonado impuesto interno provincial. Las sumas que a partir del 1º de Enero de 1935 perciban las provincias en concepto de impuesto provincial adeudado por los productos, serán descontadas de las entregas que por esta ley debe hacerles la Nación.

Sr. Ahumada. — Voy a hacer algunas observaciones un poco improvisadas, pero que considero de importancia. Digo improvisadas porque acabo de conocer la modificación que se proyecta al texto de la ley.

El despacho de la comisión establece que el impuesto al azúcar, como al alcohol, a la cerveza y al vino, que se consolidan, entrará a regir el 1º de Enero de 1935, adhieran o no las provincias productoras.

La novedad, que me parece peligrosa introducir en el agregado que se ha leído y que debe preocupar seriamente al señor ministro de Hacienda, es ésta: que a partir de aquella fecha, sólo pagarán el impuesto que se crea por la ley, aquellos azúcares que no hubieran pagado el impuesto provincial. Los que entendemos un poco de derecho, usamos la expresión *a contrario sensu* que en la hermenéutica legal, nos viene del derecho romano. En este caso, una in-

terpretación *a contrario sensu* del texto leído, nos llevaría a aceptar que todo azúcar que haya pagado parte o el todo del impuesto provincial respectivo, quedaría desobligado y no pagaría el impuesto nacional que por esta ley se crea. Si ésta es la inteligencia y el alcance real del agregado, entiendo que hay evidente peligro para los intereses del fisco nacional, como voy a demostrarlo.

Se me informa que en la provincia de Salta el impuesto al azúcar es de medio centavo. Los productores de Salta por el solo hecho de pagar ese medio centavo en los primeros días de Enero, quedarían, en virtud de este artículo que se proyecta, desobligados con respecto al fisco nacional. ¿Por qué? porque la ley dice que sólo aquellos azúcares que no hubieran pagado impuesto provincial pagarán el impuesto nacional. Como no se establece un criterio restrictivo, se le da tal amplitud al artículo, que juega en todos los casos, en el caso de Jujuy, donde el impuesto creo que es de 2 centavos y cuarto, en el caso de Salta, que es de medio centavo y en el de Tucumán que, entiendo, es de dos centavos y cuarto. Lo lógico sería esto — y en ello voy a acompañar a los señores diputados autores de la modificación — que si el azúcar ha pagado por concepto de impuesto provincial los dos centavos que se crea por esta ley, en ese caso, y únicamente en ese caso, no se le obligará a ese producto a pagar impuesto nacional. Pero si ese azúcar ha pagado un cuarto de centavo por concepto de impuesto provincial, no hay derecho alguno a crearle el privilegio de que no pague el saldo hasta cubrir los dos centavos del impuesto nacional que se crea.

Además, debo hacer notar que el mismo problema que se plantea en el caso particular del azúcar puede presentarse en el caso del vino y de la cerveza. Puede haber industriales de estos productos que hayan pagado, por una circunstancia o por otra, el impuesto provincial y que se vieran constreñidos, por la obligación de esta ley, a pagar el nuevo impuesto nacional. Con-

sidero que no nos debemos preocupar solamente de ciertos productos o situaciones, sino que deben adoptarse soluciones de orden general, que resultan así de una justicia inobjetable.

He querido simplemente hacer esta observación y llamar en particular la atención del señor ministro de Hacienda sobre el alcance y efectos que puede tener, si no lo interpreto mal, este artículo y su aplicación.

Sr. Simón Padrós. — Pido la palabra.

Deseo aclarar las últimas palabras dichas por el señor diputado por Catamarca.

No dudaba que el señor diputado compartiría la lógica de que no fuera doblemente gravado un mismo artículo con impuesto interno nacional y provincial, y no podía dudar, ya que la ley nace con la idea de la unificación que es la razón de su nacimiento.

Pero no es exacto, como ha dicho el señor diputado por Catamarca, que se establezca un régimen especial para el azúcar y no se lo establezca para otros casos análogos. Y no es exacto, porque no hay casos análogos, desde que el azúcar es el único artículo que no puede trasladar al consumo, en este instante, el monto del impuesto interno en el sentido de un aumento de precio.

Sr. Ghioldi. — ¿Por qué, en este instante?

Sr. Simón Padrós. — Porque en este instante recae sobre el consumo, desde que no se ha llegado al precio tope. Por consiguiente si la competencia no ha permitido llegar al precio tope y agudiza los márgenes de aquélla, quiere decir que el impuesto es un factor de costo y por lo tanto un factor de precio.

Sr. Ghioldi. — ¿El señor diputado se refiere a 4,10?

Sr. Simón Padrós. — Sí señor.

Sr. Ghioldi. — No he querido hoy usar de la palabra para no dilatar el debate; pero afirmo ahora categóricamente que se ha llegado a los 4,10, precio mayorista. Lo afirmo de la manera más categórica a la Cámara, contra el desmentido de los señores diputados Arrieta y Padrós.

Sr. Arrieta. — ¿Cómo podría probarlo, señor diputado?

Sr. Ghioldi. — Luego, si hay oportunidad, lo voy a comprobar. He tenido una planilla y gráficos en mis manos...

Sr. Arrieta. — Por más planillas y gráficos que tenga...

Sr. Ghioldi. — Disculpeme el señor diputado por Tucumán. No deseo hacer otro discurso sobre esta materia, porque comprendo que hemos colmado la tasa azucarera.

Sr. Simón Padrós. — Aunque nominalmente, en algún producto de alguna calidad extra, puede existir el precio de 41, hay sin embargo cargas a cargo del productor, como son los acarreos y demás, que en realidad hacen que el precio líquido sea inferior a 41 y de ahí la explicación de que se encuentre cotizaciones en el detalle no a mayor precio de 41, sino que ni siquiera a ese precio.

Bien; me refería al hecho de que cualquier otro producto gravado con impuesto interno, sea tabaco, alcohol, bebida alcohólica, o cubiertas, a raíz del nuevo impuesto interno, evidentemente aumentará su precio, y de ahí que sea más visiblemente un impuesto al consumo.

Pero si por hipótesis, si por demostración, por el voto anterior, acabamos de legislar en el sentido de que el decreto-ley rebaja el derecho adicional en el monto de esos dos centavos moneda legal por kilo, quiere decir que el productor no podrá, como tabacalero, alcoholero, fosforero, o como cualquiera otro de los gravados con impuesto interno, trasladarlo al consumidor. De ahí que el azúcar necesite una definición especial para evitar la superposición del impuesto al azúcar.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Ferreira). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Pena. — Yo dije, señor presidente, que aceptaba en principio, porque me parecía razonable la proposición del señor diputado por Jujuy, en cuan-

to trata de no gravar nuevamente el azúcar que ya hubiera pagado impuesto provincial, con el impuesto nacional que la ley en discusión crea.

No se me ocultan las consecuencias de esta situación.

Sr. Martínez. — Señor presidente: ¿Habría algún procedimiento que nos permita a los diputados que queremos seguir el debate, escuchar al orador? ¿Por qué no invita el señor presidente a los señores diputados que desean conversar a que lo hagan en antecámaras?

Sr. Pérez Leirós. — ¡Muy bien!

Sr. Martínez. — La observación no es un cargo a la Presidencia.

Sr. Presidente (Ferreira). — La Presidencia reitera su pedido de que los señores diputados ocupen sus bancas y guarden silencio para hacer posible la continuación del debate.

Sr. Pena. — Agradezco al señor diputado por Córdoba la colaboración que me presta, porque mi estado de salud no me permite gritar, como algunos señores diputados exigen, para plantear cosas que necesitan un tono tranquilo y un ambiente normal.

Decía, que si había aceptado la proposición porque me parecía justa, no se me ocultaban sus consecuencias, en cuanto se trata de una situación de hecho perfectamente conocida. Hay una substracción al consumo de grandes cantidades de azúcar que se mantienen en stock para ir las dosificando, de modo que siempre se puede obligar a la gente a consumir azúcar a 41 centavos el kilo.

De ahí que si me parece justa la proposición del señor diputado por Jujuy, creo injustas las consecuencias que ella tendrá sobre la Nación. Yo sugeriría, entonces, que a la proposición del señor diputado, si fuera aceptada, se le agregase, para no echar sobre la Nación todas las consecuencias de un estado de cosas creado en algunas provincias a expensas del consumo y de las finanzas nacionales, las siguientes palabras: En este caso las sumas cobradas por las provincias serán descontadas del importe que las

mismas deben percibir por la unificación.

Sr. Arrieta. — Ya estaba propuesto en mi moción.

Sr. Dickmann (A.). — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Ferreira). — Había pedido la palabra el señor ministro.

Sr. Dickmann (A.). — Haré la indicación después que use de la palabra el señor ministro.

Sr. Pena. — De la lectura de la proposición del señor diputado sólo he oído la primera parte, y no conocía esta última.

Sr. Simón Padrós. — Es que se leyó por partes.

Sr. Arrieta. — Pido que se lea.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a leer.

—Se lee:

El impuesto se aplicará a partir del 1º de Enero de 1935 sobre aquellos azúcares que no hubieran abonado impuesto interno provincial. Las sumas que a partir del 1º de Enero de 1935 perciban las provincias en concepto de impuesto provincial adeudado por los productores, serán descontadas de las entregas que por esta ley debe hacerles la Nación.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Admito sin discusión que es justo que los azúcares no paguen dos impuestos, el provincial y el nacional; pero, en cambio, estoy dispuesto a discutir hasta el último extremo el derecho de la Nación a no dar a las provincias lo que les corresponde por esta ley si se les deja al mismo tiempo lo que ellas cobrarían aplicando sus leyes anteriores. Eso es inadmisibile.

Concibo que se acredite a los productores de azúcar el impuesto grande o chico que hayan pagado a las provincias, siempre que las provincias respectivas den por recibido de la Nación lo que ellas hayan cobrado. Si no es con esa doble limitación, la modificación no se puede aceptar, porque no es posible que esto le cueste a la Nación seis o siete millones.

7

CUARTO INTERMEDIO

Sr. Dickmann (A.). — Pido la palabra.

Después de haber escuchado el debate y leído atentamente la proposición del señor diputado por Jujuy, haciéndome cargo de su importancia y de la aparente justicia que contiene, y de acuerdo con el excelente método parlamentario que sigo de no improvisar en el recinto sobre materia tan delicada, hago indicación de que pase a estudio de la Comisión de Presupuesto.

Como esta ley ha de continuar discutiéndose y además otros despachos, que tienen íntima vinculación con ésta, han de ocupar aún la atención de la Cámara, no se dificultará su labor y, en cambio, se podrá dar una redacción al artículo que consulte las argumentaciones hechas por los señores diputados y el señor ministro.

Sr. Simón Padrós. — Pido la palabra.

Invitaría al señor diputado por la Capital a que no insistiera en su moción por dos razones: primera, porque el asunto es sencillo y segunda, porque estamos disutiendo el artículo 25 de un proyecto que tiene pocos más para quedar totalmente aprobado. En todo caso podríamos pasar a un breve cuarto intermedio.

Sr. Dickmann (A.). — La Cámara puede continuar trabajando.

Sr. Noble (J. A.). — Se puede seguir el mismo procedimiento que se adoptó para la proposición del señor diputado por San Juan.

Sr. Godoy. — Podría postergarse este agregado para considerarlo al final.

Sr. Dickmann (A.). — Mi moción no implica en ninguna forma la suspensión del trabajo de la Cámara. Propuse que la indicación pasara a estudio de la comisión para que se expidiera. Alguien agregó que lo haga después de un breve cuarto intermedio. Creo que con eso no se perturba el trabajo de la Cámara y quizás se logre la una-

nimidad sobre la proposición del diputado por Jujuy.

Sr. Simón Padrós. — Propongo, entonces, un cuarto intermedio de veinte minutos.

Sr. Corominas Segura. — Es tal vez innecesario. Hace apenas dos horas que estamos trabajando.

Sr. Presidente (Ferreira). — La moción de pasar a cuarto intermedio no se discute. Se va a votar.

Sr. de la Vega. — Corresponde pasar a cuarto intermedio. Es la forma de trabajar seriamente.

Sr. Martínez. — La proposición del señor diputado por la Capital ha sido muy atinada. Es la forma de salir del *impasse* en que está la Cámara sobre un asunto en que no se puede improvisar.

El complemento del señor diputado por Tucumán, también, es conveniente, porque los diputados que tienen que deliberar sobre esto son los miembros de la Comisión de Presupuesto, que no podrían seguir el debate sobre otros artículos que sean objetados.

Nada se pierde con que la Cámara suspenda durante quince o veinte minutos la sesión, para terminar con este asunto.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar si la Honorable Cámara pasa a cuarto intermedio por quince minutos.

—Resulta afirmativa.

—Se pasa a cuarto intermedio.

—Era la hora 17 y 32.

—A la hora 18 y 34:

8

UNIFICACION DE IMPUESTOS
INTERNOS

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Continúa la sesión.

Sr. Simón Padrós. — Pido la palabra. La Comisión de Presupuesto se ha reunido en pleno y se ha expedido con una redacción aceptada también por el señor ministro de Hacienda, y que dice

así: «Los azúcares en existencia al 1º de Enero de 1935, que hubieran satisfecho o satisficieran posteriormente gravámenes provinciales, pagarán la diferencia hasta completar el monto de 2 centavos, debiendo debitarse a las provincias la suma que cobraran después del 1º de Enero.»

Queda así contemplada y resuelta la cuestión planteada en el sentido de que no coexista un doble gravamen a una misma mercadería. Esta redacción se aparta algo de la formulada por el señor diputado Arrieta antes del cuarto intermedio. La proposición del señor diputado por Jujuy, evidentemente era más amplia en el sentido de que para cualquier azúcar fabricado en 1934 que hubiera ya abonado o abonara en el futuro algún impuesto provincial, quedaba eliminado el impuesto nacional, evitando así la superposición del impuesto.

El señor diputado por Catamarca objetó la primera redacción, haciendo su análisis mostrando la distinta incidencia que tendría en las diversas zonas productoras del azúcar del país, expresando que habiendo provincias cuyo régimen impositivo era igual o superior al del impuesto interno nacional, y en otras menor, se creaba una distinta situación impositiva frente a la exención del impuesto interno nacional. Este concepto ha sido nuevamente desarrollado en la comisión y es el que ha motivado la redacción que acabo de exponer y que paso a la Secretaría de la Presidencia para que sea sometido a votación oportuna.

Se ha contemplado, igualmente, la situación de que los impuestos que las provincias pudieran percibir después del 1º de Enero de 1935, en que entra en vigor la ley del impuesto interno nacional, no benefician al fisco de las provincias con una superposición de recaudación, problema inverso al de la superposición impositiva de la industria. Se lo ha contemplado en forma equitativa y fácil para que pueda efectuarse automáticamente la retención por parte del gobierno nacional, sin afectar la unidad de la ley, en lo que

se refiere a la percepción también automática por parte de las provincias.

Evidentemente, ha habido que contemplar esta doble situación: la de los azúcares en depósito de los ingenios, como también la de aquellos que no han sido todavía lanzados al consumo, pero que se encuentran ya fuera del territorio de la provincia productora. Por ejemplo, en Tucumán. Una parte ha sido pagada en efectivo durante la producción y la otra en letras o en efectivo a medida de la expedición, de manera que el azúcar que está fuera de la frontera política de la provincia productora ha pagado ya la totalidad del impuesto de dos centavos, mientras que el azúcar en poder aún de los ingenios, sólo ha pagado medio centavo, que se abona a medida de la producción y a cuenta del total de dos centavos. Destaco nuevamente que los azúcares que están retenidos todavía en la provincia en poder de los ingenios, esperando la oportunidad de ser lanzados al consumo, han pagado durante la producción el medio centavo del acuerdo establecido entre el gobierno de la intervención y la industria tucumana. El saldo del centavo y medio por kilo será pagado recién cuando los industriales expidan el azúcar fuera de la provincia. De acuerdo a la redacción presentada por la comisión, todos esos azúcares, tanto los que están en la provincia como fuera de ella, rebajarán del impuesto interno nacional, el monto de lo pagado a la provincia. En el caso de Tucumán hay equilibrio.

Ahora, bien cabe formular una pregunta: ¿puede la provincia productora seguir percibiendo el impuesto a la producción a partir del 1º de Enero? Es posible que la interpretación lleve a una contestación afirmativa, por cuanto la ley que grava el impuesto al azúcar grava la producción, la elaboración. El decreto reglamentario de la percepción de este impuesto es el que ha permitido que el pago se efectúe a medida de la expedición, como una facilidad financiera, que la ley otorgaba a la industria, pero no por

ello debe dejar de ser cierto de que el impuesto ha sido creado gravando la producción.

Entonces, si las provincias, como condición sine qua non de adhesión a la ley de unificación, necesitan derogar los impuestos especificados en ella, pueden, sin embargo, quizás interpretar que la derogación no es con efecto retroactivo y que, por consiguiente, la provincia podrá seguir percibiendo el impuesto sobre las exigencias que correspondan a elaboraciones de años anteriores a la ley de unificación y que hubieren estado en el día de su fabricación, sujetas a gravámenes provinciales.

No me pronunciaré, señor presidente, sobre el aspecto constitucional: si la provincia podrá o no, una vez sancionada y promulgada la ley de unificación de impuestos internos, seguir percibiendo el impuesto de arrastre de la producción anterior no salida todavía de los linderos de la provincia, pero me adelanto a tranquilizar a la Honorable Cámara para afirmarle que ello en ningún momento representará una superposición de recaudación para la provincia, desde que la Nación retendrá exactamente y en el monto equivalente, los impuestos que la provincia percibiera después del 1º de Enero de 1935; pero, evidentemente, no retendrá los que hubiere percibido con anterioridad a esa fecha o a la de la salida de azúcares, aunque éstos estén dentro de la provincia al 1º de Enero de 1935. Es en previsión de esta retención que el despacho de la comisión viene propuesto con la siguiente redacción: «El Banco de la Nación dividirá el total a deducir en tantas cuotas diarias iguales como las que correspondan a un período de doce meses, y las irá restando de lo que debe acreditar a la respectiva provincia, a partir de la fecha de su adhesión, y entregándolas al gobierno nacional.»

Queda así asegurada la retención automática en forma tal que la provincia no recibirá como recurso fiscal sino la cifra única, total, que la ley de unificación le fija. Podrá percibir

directamente una parte, en virtud de la recaudación directa provincial a los azúcares que existiesen en sus ingenios, que no han salido todavía de la provincia, pero la cifra del impuesto provincial, recaudado, será deducida de la entrega nacional en forma que no altere ni en un centavo la percepción total que la ley de unificación fija y acuerda a cada provincia.

Se ha contemplado en esta forma, con un criterio lógico, la no superposición de impuestos a la misma mercadería y no se ha hecho un régimen excepcional para el azúcar, sino que se ha resuelto con acierto la situación especial que el azúcar tiene dentro del mercado nacional al ser el único producto regido por un régimen aduanero variable, compensador, que le concede una determinada defensa, pero que no le permite subir el precio más allá de un determinado límite: el de cuarenta y un centavos.

Nos complace poder decir a la Honorable Cámara que estos conceptos — el de la no superposición del impuesto, así como el de la retención automática de la Nación — han sido compartidos por los diferentes sectores. Viene, pues, esta redacción, reflejando el sentir de todos ellos.

Con esta no tan breve explicación, dejo entregado a la Honorable Cámara el despacho de la Comisión de Presupuesto.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Antes del cuarto intermedio expresé que para el Poder Ejecutivo era esencial para aceptar el proyecto del señor diputado Arrieta, el cumplimiento de estas dos condiciones: primera, que pagarán el impuesto nacional los azúcares que no hubieran pagado como impuesto una cantidad equivalente al nacional; y, segunda, que las provincias aceptarán que se les computase como recibido por ellas, de la Nación, lo que ya hayan percibido por concepto de impuesto provincial. Dije, entonces, que el gobierno aceptaría que se acreditara íntegramente el impuesto provincial ya abonado, siempre que las provincias

admitieran que se acreditara a la Nación íntegramente el impuesto provincial, también abonado.

Me hace el efecto de que el despacho de la comisión contempla esas dos exigencias y al mismo tiempo satisface la justa reclamación de los productores de azúcares, de no ser gravados dos veces por el impuesto. Siendo eso así, el Poder Ejecutivo debe expresar por mi intermedio, que acepta el despacho tal cual ha sido formulado, con las explicaciones que ha dado el señor diputado Simón Padrós.

Nada más.

Sr. Arce. — Pido la palabra.

Tan sólo para formular algunos reparos de forma, pero que reputo indispensables para la exacta inteligencia de la fórmula acordada por la comisión.

El artículo dice así: «Los azúcares en existencia al 1º de Enero de 1935 que hubieran satisfecho o satisficieran posteriormente gravámenes provinciales...». Habría que agregar: «... adeudados en esa fecha», para que se refiera realmente a lo que la ley quiere decir.

Sr. Simón Padrós. — Si el señor diputado me permite, antes de pasar al segundo punto...

Sr. Arce. — Con mucho gusto.

Sr. Simón Padrós. — Agregar la palabra «adeudados» tendría un pequeño inconveniente de forma: y es que en realidad en una fecha determinada el industrial debe pero no adeuda al fisco el impuesto provincial; lo debe en el sentido de que es un artículo gravado, pero no lo adeuda contábilmente, desde el momento que todavía la Dirección de Rentas no le ha formulado el cargo correspondiente, en otros términos, comercialmente, el industrial no debe ese impuesto, aunque lo adeuda desde el punto de vista fiscal. No existe una operación de contabilidad en la que la provincia cargue al industrial el importe de ese impuesto y en que el industrial abone a la Dirección de Rentas el impuesto por el azúcar que mantiene en su poder.

De ahí que me permito invitar al señor diputado por la provincia de Bue-

nos Aires a mantener la redacción propuesta, ya que la que él ha sugerido parecería eliminar aquellos impuestos que no son adeudados contábilmente, sino fiscalmente.

Sr. Arce. — Usando el procedimiento triangular, yo le pregunto al señor ministro de Hacienda si es posible establecer cuáles serán los azúcares en existencia al 1º de Enero de 1935. Porque si así fuera no habría ningún inconveniente en no agregar la palabra que he propuesto.

Sr. Simón Padrós. — Si el señor diputado me permite y en obsequio a la comodidad del señor ministro, le contestaré en su nombre, previo su consentimiento.

Sr. Ministro de Hacienda. — Entonces ya no es procedimiento triangular. (*Risas*).

Sr. Simón Padrós. — En realidad los azúcares en poder de los ingenios están controlados al día y pueden estarlo en cualquier momento, por cuanto el sistema de fiscalización provincial para la percepción del impuesto es tan automático, tan rígido, tan acorselado, que no permite escapar una sola bolsa sin pagar impuesto. Tenga la seguridad, señor diputado, que en este caso el fisco de la provincia será un poderoso auxiliar de la Nación. Por otra parte las declaraciones juradas del mismo industrial acreditan la exactitud de existencias y despachos.

Sr. Arce. — Pido la palabra.

Después del agregado y ahora, como el señor diputado por Tucumán informa en nombre de la comisión, le haría esta pregunta, que es también una sugerión. «El Banco de la Nación dividirá el total a deducir...». No se ha hablado de sumas a deducir sino de sumas a debitar. No sería más claro decir: «El Banco de la Nación dividirá el total debitado en tantas cuotas diarias iguales como los que corresponden a un período de doce meses y las irá restando de lo que deba acreditar a las respectivas provincias, a partir de la fecha de su adhesión; entregando su importe, — agregaría yo — al gobierno nacional.»

En la forma que propongo no habrá lugar a duda y si el señor diputado por Tucumán acepta el artículo tal como lo acabo de indicar, pediría a la Presidencia que se dé lectura por Secretaría del texto completo.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se va a leer.

—Se lee:

Los azúcares en existencia al 1º de Enero de 1935 que hubieran satisfecho o satisficieran posteriormente gravámenes provinciales, pagarán la diferencia hasta completar el monto de 2 centavos, debiendo debitarse a las provincias la suma que cobrarán después del 1º de Enero.

El Baneo de la Nación dividirá el total debitado en tantas cuotas diarias iguales como las que correspondan a un período de 12 meses y las irá restando de lo que deba acreditar a la respectiva provincia a partir de la fecha de su adhesión, entregando su importe al gobierno nacional.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — ¿Ha terminado el señor diputado por Buenos Aires?

Sr. Arce. — He terminado.

9

INDICACION

—Después de unos momentos de espera.

Sr. Corominas Segura. — ¿Hay número en la casa, señor presidente?

Sr. Presidente. (Noble R. J.). — Hay 106 señores diputados.

Sr. Corominas Segura. — Ifago indicación para que se invite a los señores diputados a entrar al recinto a fin de continuar la deliberación.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Así se hará, señor diputado.

—Después de unos momentos de espera.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — No obstante la invitación de la Presidencia, no es posible formar quórum.

Sr. de Andreis. — ¿Cuántos diputados hay?

Sr. Prosecretario (Cullen). — Hay 68 señores diputados en el recinto y 106 en la casa.

Sr. Corominas Segura. — Pido la palabra.

Es evidente el propósito de un grupo de la Cámara de continuar obstruyendo la labor de la misma. Los que ocupan las bancas tienen constitucional y reglamentariamente el poder de hacer sentir su autoridad y conducir por la fuerza pública a los que se niegan a cumplir con sus deberes de legisladores. Pero no ha llegado aún el momento de hacerlo.

Hemos de dejar, sí, hecha pública la manifestación de que los grupos que continuamente se dirigen al país alterando la verdad, al afirmar que son ellos los defensores de la democracia, son en cambio, la negación categórica y constante de ella; que exige el acatamiento de la fuerza mayoritaria. (*Muy bien!*).

El acatamiento, señor presidente, no para actos torpes, que pongan en peligro los altos intereses de la Nación, sino el acatamiento en la labor coordinada, útil, serena y tranquila de legislación que el país reclama.

La verdad no se puede ocultar y ha bastado el transecurso de tres horas para que quede comprobado lo que he afirmado hoy desde esta misma banca: que el grupo socialista está saboteando la leyes y la labor parlamentaria con pretextos fútiles, sin que le asista ninguna razón.

Dejo, pues, hecha pública esta denuncia ante el país, el que sabrá aplicar la sanción correspondiente.

Nada más.

10

MOCION

Sr. Rodríguez. — Pido la palabra.

Las manifestaciones que acaba de hacer el señor diputado por Mendoza, presidente del bloque del Partido Demócrata Nacional, han de satisfacer a

la opinión pública, porque corroboran perfecta y claramente lo que al empezar esta sesión se dijo de que la obstrucción a las leyes de impuestos que se estaban discutiendo, partían del sector socialista, afirmación a la que se opusieron airadamente algunos miembros de dicho sector, quienes dijeron que era todo lo contrario.

Pero no es sólo en la sesión de hoy en la que ellos habrían obstaculizado la labor parlamentaria con motivo de una cuestión reglamentaria. En días anteriores no concurrieron, porque sostenían que nosotros debíamos tener número propio para ejercer los derechos que creemos tener.

Ante tan insólita decisión, creo que ha llegado el momento de que la Cámara tome las medidas que el reglamento le autoriza para que los diputados ausentes cumplan con su deber.

Hace muchos años que pertenezco a esta Cámara y puedo recordar a los señores diputados que cuando un grupo hacía ausentismo y trataba de sabotear las leyes que se estaban considerando, la minoría, en uso de sus facultades, tomaba aquellas medidas que creía co-

rrespondían para que los legisladores hicieran efectivo el cumplimiento de sus deberes. Y en la mayoría de esas discusiones se hablaba de democracia.

El ausentismo de los señores diputados que han abandonado el recinto y la propaganda que hacen en estos momentos fuera de aquí, nos obliga a votar esas medidas reglamentarias, que las votaré aunque no me acompañe ningún otro señor diputado.

Hago, pues, indicación de que se clausuren las puertas de la Cámara, que se traiga por la fuerza pública a los inasistentes e inmediatamente se tome lista de los señores diputados que se han ausentado.

Hago moción en ese sentido.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Siendo una moción reglamentaria, se va a votar.

—Se vota y resulta negativa.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — No habiendo quórum en el recinto, queda levantada la sesión.

—Era la hora 19 y 2 minutos.